

**“Nadie echa vino nuevo en odres viejos (...)  
Nadie que cate vino añejo quiere del nuevo.”** (Lucas 5, 33-39)

El valor no está en lo nuevo o lo viejo, sino en el bien en sí mismo. Ni todo lo viejo es malo por ser viejo ni todo lo nuevo es bueno simplemente por su novedad.

Parece ser un principio claro y lógico pero exige mucha sabiduría vivencial. Basta observar las corrientes de pensamiento y de comportamiento social para darnos cuenta que identificar el bien, en medio del oleaje de “lo actual”, no siempre es sencillo.

El bien es exigente. El remiendo nuevo no pega en el paño viejo, el vino nuevo revienta los odres viejos... No se puede pretender que todo siga igual y al mismo tiempo dar lugar a la novedad de la Hospitalidad en nuestras vidas.

Vivir en una actitud de coherencia con el bien implica cultivar el ejercicio esforzado del discernimiento.

Podemos aplicar estas reflexiones al esfuerzo con el que todos intentamos cualificar nuestra labor Hospitalaria. Los directivos, coordinadores y responsables de los diversos servicios nos invitan a ser creativos, a ser innovadores, a aportar un plus de “calidad Hospitalaria” a cuanto hacemos.

El Evangelio de este día nos aporta un criterio básico: debemos priorizar la búsqueda del bien, aunque éste rompa con paradigmas previos (*“los discípulos de Juan ayunan a menudo...en cambio los tuyos a comer y a beber...”*) o paradigmas actuales, sustentados solamente en la “novedad”.

Dicho de otro modo: lo que importa es si lo que estamos analizando revierte en un bien mayor para los destinatarios de nuestra misión. Identificar lo que realmente vale, (más allá de si se trata de algo novedoso o no) y hacer los cambios que sean necesarios, (para que no revienten los odres viejos...) implica un discernimiento responsable, valiente, transparente...

La llamada que nos hace el Capítulo General a *“dar un nuevo rostro a la Hospitalidad”* nos ubica en un camino de renovación pautada por la reorganización canónica y la reestructuración. Vivimos por tanto tiempos institucionales cruciales en los que debemos acoger el “vino nuevo”, sin echar por la borda el delicioso “vino viejo” que guarda “la madre” de la Hospitalidad.

Ciertamente no habrá un “nuevo rostro” sin cambios profundos. Podemos caer en la tentación del “maquillaje”, pero el tiempo se encargará de evidenciar el engaño.

